



COLECCIÓN
LIBER
ÁNIMA

Will Potter



LOS
VERDES
SOMOS
LOS Una mirada desde el
interior de un movimiento
social acosado
NUEVOS
ROJOS

Will Potter

Los verdes somos los nuevos rojos

Una mirada desde el interior de un
movimiento social acosado



Primera edición en español: 2013.

Título original: *Green is the New Red: An Insider's Account of a Social Movement Under Siege*. Publicado por City Lights Books, 2011.

Traducción: Mario Albelo Orgiler.

Revisión: Amaranta Pérez Águila.

Colección *LiberÁnima*. Directores: Sharon Núñez, Jose Valle y Javier Moreno.

© Will Potter, 2011.

© Plaza y Valdés Editores, 2013.

Derechos exclusivos de edición reservados para Plaza y Valdés Editores. Queda prohibida cualquier forma de reproducción o transformación de esta obra sin previa autorización escrita de los editores, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los beneficios de este libro son destinados a Igualdad Animal.

Plaza y Valdés, S. L.
Murcia, 2. Colonia de los Ángeles.
28223, Pozuelo de Alarcón.
Madrid (España).
☎: (34) 918126315
e-mail: madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

Plaza y Valdés, S. A. de C. V.
Manuel María Contreras, 73. Colonia San Rafael
06470, México, D. F. (México).
☎: (52) 5550972070
e-mail: editorial@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com.mx

ISBN: 978-84-15271-92-5
D. L.: M-29568-2013

Diseño de cubierta: Manuel Fernández
Impresión: Artes Gráficas Cofás

*Para Madre.
Las rosas florecerán.*

*Aquí llega el futuro y no puedes escapar de él.
Si tienes una lista negra, quiero estar en ella.*

BILLY BRAGG

Índice

CAPÍTULO UNO. EN LA LISTA NEGRA	11
CAPÍTULO DOS. GUERRA EN CASA	29
CAPÍTULO TRES. LA AMENAZA VERDE	47
CAPÍTULO CUATRO. DANDO NOMBRES.....	77
CAPÍTULO CINCO. HOSTIGANDO A LOS ROJOS	109
CAPÍTULO SEIS. ¿ES USTED VEGETARIANO O LO HA SIDO ALGUNA VEZ?.....	131
CAPÍTULO SIETE. CULPABLE POR ASOCIACIÓN	159
CAPÍTULO OCHO. ACTIVIDADES ANTIESTADOUNIDENSES	177
CAPÍTULO NUEVE. JURAMENTOS DE LEALTAD.....	201
CAPÍTULO DIEZ. ENEMIGOS DESDE DENTRO	229
CAPÍTULO ONCE. EL CAMINO A CASA	249
BIBLIOGRAFÍA.....	275
ÍNDICE ANALÍTICO.....	327
AGRADECIMIENTOS	349

CAPÍTULO UNO

En la lista negra

PLAZA Y VALDES

3 DE JUNIO DE 2007

Durante unos segundos, parece que hoy es un día como cualquier otro, quizá incluso parece que estemos de vacaciones, y Daniel McGowan olvida lo que sabe que ocurrirá mañana. El viento sopla hacia el oeste a través del bosque nacional Willamette en Oregón, haciendo crujir los densos mosaicos creados por las hojas bajas de los arces enredadera, los cornejos y los alisos rojos. Los abetos de Douglas, erguidos a más de 60 metros, como lo han estado durante trescientos, cuatrocientos o quinientos años, no prestan atención a la brisa. Si respira lo suficientemente hondo, McGowan puede oler el aroma a tanaceto en el aire, o quizá es alcanfor. Hay tantas cosas salvajes que han crecido unas sobre otras y mezclándose entre ellas que ya es difícil diferenciarlas. Si respira aún mas hondo, puede saborear las aguas bravas de Fall Creek antes incluso de verlas u oírlas. Respira, impulsa el viento, el arroyo y el bosque hacia lo más hondo de sus pulmones, y, lentamente, vuelve a expulsarlos. Entonces, McGowan se acuerda de que a las nueve en punto de la mañana del lunes se pondrá su mejor traje, el negro con tres botones, y se sentará en silencio con las manos cruzadas en el regazo y con la mirada perdida, mientras un juez del Tribunal de Distrito de los Estados Unidos le condena a prisión como terrorista.

Roba unos pocos segundos más y trata de librarse de esos pensamientos que le recuerdan al día de mañana. Trata de olvidar que necesita volver a repasar su declaración ante el tribunal, que tiene que revisar su comunicado de prensa, y que su padre, su hermana y su mujer, Jenny Synan, se sentarán en los bancos rígidos de la primera fila en la sala del tribunal, llorando en silencio. Ahora McGowan se ha detenido en el camino hacia Fall Creek, con su nariz pegada a ocho centímetros de distancia de una hormiga gigantesca que camina por una piedra húmeda y lisa. Le grita a su mujer, que está justo detrás de él.

—¡Jenny, mira esto! —Está agazapado con sus manos en las rodillas, la boca abierta, sonriendo, y la lengua asomando por el lado izquierdo—. A mi sobrina Lily le encantaría. A Lily le gustan mucho los bichos.

Este es un Daniel McGowan, Daniel el Tío. El Daniel que sabe todo lo que le gusta y no le gusta a Lily, todas sus historias y bromas favoritas, el que dice emocionado «¿Te he contado lo que hizo Lily el otro día? De verdad, es tan adorable que ni siquiera puedo decírtelo». Puede haber otros mil Daniels. La cantidad depende de a quién preguntes. Los fiscales federales dicen que está Djenni, Dylan Kay, Jamie Moran, Sorrel, Rabid: los alias que usó en sus actividades clandestinas, cuando destruyó cultivos modificados genéticamente y participó en dos incendios como parte del Earth Liberation Front (Frente de Liberación de la Tierra), o ELF. McGowan se ganó uno de los apodos hace años, después de hacer senderismo cerca de este mismo arroyo, cuando un amigo le enseñó las hojas comestibles en forma de corazón de las acederas. McGowan se las comió a montones. «Me dio cagalera», dice... Su boca está ahora llena de follaje verde y, mientras sigue el camino, va cogiendo más, no sé si habiendo olvidado el pasado o haciendo un esfuerzo por no recordarlo.

Al menos otros dos Daniels pasean por el bosque esta tarde. El Daniel de Hoy y el Daniel de Mañana. Al igual que los otros, hijos de un policía irlandés del condado de Queens en Nueva York, estos maldicen como marineros. El Daniel de Hoy es el que actúa en el escenario principal, contando chistes y actuando para su pequeña audiencia, un puñado de amigos sombríos. Su intención princi-

pal, casi desesperada, es hacer que su mujer sonría. Como si no fuese lo suficientemente difícil aceptar la condena por terrorismo de su marido, Synan ha tenido ataques de estornudos, ojos llorosos y problemas respiratorios desde que ayer se bajó del avión. Ambrosías, artemisa, vicias, *epilobiums*, *fallopias*, *bassias*, *polygonums*, arrocillo, pasto dentado, *folium*s, brizas, pasto varilla. Puede que no estén todas aquí en el bosque ahora mismo, pero sí en el viento, encontrando su camino hasta la nariz de Synan. Brooklyn tiene un aire muy poco immaculado, lleno del humo de los taxis y vete a saber qué más, pero al menos el cemento no te hace estornudar. O al menos no tanto. En su primera cita, en Nueva York, McGowan le llevó a Synan un ramo de medicinas para la alergia.

—Esto es la naturaleza, Jenny, na-tu-ra-le-za —le dice ahora, sonriendo. Synan parece demasiado cansada como para reírse, pero él continúa. —¡Jenny! ¡Jenny! —exclama, señalando a los árboles que hay detrás de ella—. ¡Cuidado con los pigmeos! Ella pone los ojos en blanco.

El Daniel de Hoy también debe recordar al equipo de dos cámaras que le han seguido durante seis meses, tratando de grabar cada acto de recaudación de fondos, cada hora feliz y las reuniones familiares para un documental sobre su caso. Se les acaba el tiempo. Una vez que McGowan entre en prisión, serán pocas las ocasiones en que puedan grabarle, menos aún si le envían a una cárcel de máxima seguridad. McGowan no quiere que sus grabaciones sean solo del Daniel Derrotado. ¿Qué mensaje transmitiría eso al FBI? ¿Qué mensaje transmitiría al movimiento?

McGowan lleva un micrófono sin cables que sobresale del cuello de su camiseta negra. La batería cuelga de sus pantalones cortos, cortados por debajo de sus rodillas. Se acerca al agua. Mantiene su cara de póquer, dándoles a los realizadores del documental los audios, los monólogos y los primeros planos que necesitan, pero nunca dejando que se acerquen demasiado. Si el ambiente se vuelve tenso, redirige la conversación. Saca un paquete de seis cervezas artesanales de un rincón fabricado con dos rocas en el arroyo, donde sus amigos las habían puesto para enfriarlas. Las levanta triunfal.

—¡Mirad, he capturado unas cervezas salvajes! —En un momento de la misma actuación, en una escena diferente, McGowan

CAPÍTULO DOS

Guerra en casa

PLAZA Y VALDES

26 DE MAYO DE 2004

El fiscal general, John Ashcroft, y el director del FBI, Robert Mueller, están en mitad de una rueda de prensa en el edificio Edgar J. Hoover en Washington, D. C. Mueller está de pie a la derecha de Ashcroft, con las manos tras la espalda.

«Información fiable de varias fuentes indica que Al Qaeda planea un ataque en los Estados Unidos en los próximos meses —asegura Ashcroft lenta y laboriosamente—. Esta inquietante información indica que la intención específica de Al Qaeda es asestar un duro golpe a los Estados Unidos de América.»

La noticia es impactante porque confirma miedos tácitos. Dos meses antes, mientras miles de personas viajaban a Madrid solo tres días antes de las elecciones generales, 10 bombas llenas de clavos y trozos de metal estallaban en varios trenes de cercanías, asesinando a 191 personas. Casi mil ochocientas más fueron heridas. El Poder Judicial español aseguró que Al Qaeda había inspirado a la célula terrorista que coordinó los ataques, pero que tenía rasgos diferenciadores. Fue el peor ataque en España desde que separatistas vascos atentasen contra un supermercado en 1987, y el peor ataque en Europa desde que terroristas libios atentasen contra el vuelo 103 de Pan American cerca de Lockerbie, Escocia, en 1988.

Tras el atentado en Madrid, policías españoles cedieron al FBI imágenes digitales de huellas dactilares encontradas en las bolsas de plástico que contenían los detonadores. El FBI anunció que las huellas pertenecían a Brandon Mayfield, un abogado de Oregón. Varios agentes lo retuvieron durante dos semanas sin cargos. En la prensa y en los tribunales fue tachado de terrorista. Hace dos días, el Gobierno admitió sigilosamente que habían detenido al tipo equivocado. Ashcroft y Mueller no mencionan nada de esto, porque ya hay un nuevo enemigo.

Ashcroft se aleja del podio para enseñar algunas fotos tomadas por la policía y expuestas en caballetes. Las fotos y los textos se parecen a los carteles de «SE BUSCA» de las oficinas de correos. Estos siete tienen alrededor de treinta años, seis hombres y una mujer. Están armados y son peligrosos. «El rostro de Al Qaeda puede estar cambiando», afirma Ashcroft.

Esa frase pegadiza probablemente sea favorable para los periodistas en la sala que no tienen ni idea de lo que el Gobierno tiene hoy planeado para su guerra contra el terrorismo.

Stop Huntingdon Animal Cruelty nació durante unos disturbios. El 24 de abril de 1997, el Día Mundial de los Animales de Laboratorio, organizadores de varias protestas llegaron a los criaderos de perros de Consort Beagle, cerca de Hereford, en Inglaterra. Habían llevado adelante una campaña durante un año para cerrar el criadero, donde vivían unos ochocientos perros (los *beagles* suelen ser utilizados para experimentos por su pequeño tamaño, su temperamento dócil y su naturaleza cariñosa). Los perros eran vendidos a laboratorios como Huntingdon. Los organizadores esperaban unas cuantas decenas de activistas, quizá cien personas. Pero aparecieron más de quinientos.

Los activistas usaron este momento de sorpresa para pulular por los alrededores de las instalaciones. Los policías antidisturbios mantuvieron a la gente fuera del lugar, pero, de algún modo, unos cuantos activistas se colaron hasta las naves donde estaban los perros. Momento de tensión. ¿Lo habían conseguido? ¿Les habían detenido? ¿Debía todo el mundo volver a gritar consignas y levantar las pancartas? Unos momentos más tarde, dos activistas encapuchados aparecieron en el tejado, acunando a un *beagle*. Gritaban al resto de manifestantes para que les ayudasen.

Los antidisturbios se vieron superados por gente que trepaba o tiraba abajo las vallas de alambre de espino. Llegaron más policías pululando por los campos como langostas: los refuerzos habían estado esperando en el interior y otros habían estado esperando en sus furgonetas, ocupando las calles. Luther King dijo una vez que «Un disturbio es, en el fondo, el lenguaje de los que no tienen voz». Uno podría discutir sobre si a los activistas de este grupo —desde estudiantes a «abuelitas furiosas»— no se les había oído con anterioridad. Sus panfletos, las cartas que habían enviado, las marchas y las manifestaciones habían conseguido algunas victorias, sí, pero no las suficientes. Quizá sentían que necesitaban una nueva voz, un nuevo lenguaje.

La policía apaleó a los manifestantes. Les rociaron con gas CS, una sustancia de «control de multitudes» que quema los lagrimales y las mucosas y que fue usada por Saddam Hussein contra los kurdos. Las porras y el gas noquearon a varios manifestantes hasta dejarlos de rodillas, pero la visión de los activistas encapuchados con el perro había dado impulso al resto de participantes. Siguieron resistiendo. Una hora después de los apaleamientos y el uso del gas pimienta por parte de la policía, los activistas encapuchados escalaron hasta un edificio adyacente y se las ingeniaron para bajar al perro hasta un grupo de unas cuarenta personas. Entonces fueron corriendo inmediatamente a las naves para coger otro. Cuando la voz se corrió entre los manifestantes, las vallas comenzaron a venirse abajo.

La gente enrollaba prendas de ropa y se las ponía debajo del brazo, como señuelos. Cientos de policías rodeaban a los manifestantes, y un helicóptero sobrevolaba en círculos sobre los campos mientras los activistas se dispersaban como perdigones a través del campo para llegar a sus coches. Martin Balluch, un activista austriaco por los derechos de los animales, se encontraba con un grupo de otros 10 manifestantes corriendo por el campo con el perro, no un señuelo hecho con ropas, sino el perro real. La policía paró al grupo y los activistas no pudieron escapar.

Balluch estaba en buena forma, ya que participaba en los sabotajes de caza, persiguiendo a cazadores y normalmente siendo perseguido por bosques y campos, con megáfonos y otros artilugios,

CAPÍTULO TRES

La amenaza verde

PLAZA Y VALDES

1983 — PRESENTE

La película francesa *Les Amants* cuenta la historia de Jeanne Tournier, la esposa burguesa del dueño de un periódico que, insatisfecha con su vida, visita París frecuentemente para ver a su amante, un jugador de polo. Volviendo de uno de sus escauceos, su coche se rompe y acaba paseando con un adorable y joven arqueólogo llamado Bernard. A través de una shakespeareana concatenación de acontecimientos, Jeanne se encuentra a sí misma con su marido, su amante y este nuevo hombre, todos conviviendo en la misma casa de campo, comiendo en la misma mesa. Al final, nuestra heroína acaba dando la espalda a su marido y a su amante jugador de polo y abraza a Bernard en una de las escenas de amor más controvertidas de la historia del cine. Tras un pase de la película en el Teatro Heights Art en Cleveland Heights, Ohio, el 13 de noviembre de 1959, la policía local registró el local, confiscó la película y detuvo al dueño del cine. Se le acusó de dos cargos de posesión y exhibición de una película obscena, pero llevó el caso al Tribunal Supremo y ganó. En un voto concurrente de la decisión de seis a dos, Justice Potter Stewart dijo la famosa frase sobre la obscenidad: «Hoy no voy a tratar de definir el tipo de material al que me refiero con ese término; y quizá nunca conseguiré hacerlo de manera comprensible, pero reconozco lo que encaja en esa descripción cuando lo veo...».

La película intrigó a Francia a pesar de la consternación en Ohio, no porque se proyectasen dos versiones diferentes de la misma, sino por las dos visiones del mundo tan diferentes que hacían cambiar la percepción de la película. La audiencia estadounidense encontraba las escenas de sexo obscenas, en parte porque no habían visto nada similar. Y lo que es más importante, aquellas escenas desafiaban la visión cultural y política general sobre el papel apropiado de la mujer. Jeanne Tournier no era June Cleaver: era una mujer casada que abrazaba su sexualidad aunque eso significase la necesidad de un amante y de otro hombre más además de su marido. Con los valores contemporáneos, tanto en los Estados Unidos como en Francia, las escenas de sexo no serían tan escandalosas, como tampoco lo sería el argumento de la película. Los valores sociales varían entre culturas y evolucionan con el tiempo, y, así como los valores cambian, también lo hacen las definiciones de arte y obscenidad.

En mi búsqueda de una definición estándar de terrorismo me encontré a mí mismo sintiéndome como Justice Stewart. Entre los extremos de «Sé lo que es el terrorismo cuando lo veo» —11-S es terrorismo, las bombas en la ciudad de Oklahoma son terrorismo— y «Sé lo que *no* es terrorismo cuando lo veo» —robar un banco no es terrorismo, la venta de drogas no es terrorismo —hay una gran escala de matices.

Aunque Justice Stewart haya sido aplaudido por su sinceridad, los tribunales subsecuentes, sin embargo, han continuado en su búsqueda de una definición de obscenidad. Demasiadas aristas en esa palabra como para dejarla sin definir, y por lo tanto definida a capricho de aquellos en el poder. Con la palabra terrorismo hay mucho más en juego. Si se define de manera estricta, la palabra no tiene flexibilidad, y, por lo tanto, tampoco funcionalidad para enfrentarse a la evolución de las amenazas planteadas por los grupos terroristas. Si se define en términos generales, la palabra es una maza política contra el enemigo que hay que combatir, el enemigo del momento. ¿Es posible definir el terrorismo de manera comprensible y de tal manera que valore tanto la libertad como la seguridad? Y, ¿puede esta definición ser independiente de la percepción de los ojos con que la miren?

En su trabajo seminal, *Political Terrorism: A Research Guide*, publicado por primera vez en 1984, Alex Schmid y Albert Jongman identificaron 109 definiciones de terrorismo. Las dividieron en 22 categorías, las diseccionaron, estudiaron las piezas, crearon tablas con elementos comunes y emplearon más de cien páginas para discutir sus significados. Incluso tras haber completado aquel volumen, y habiéndolo revisado, los autores aseguraban no haber encontrado aún una definición adecuada. Otro experto en ese terreno, Walter Laqueur, prácticamente ha desistido en el intento: «Diez años de debates sobre tipologías y definiciones, prácticamente no han hecho avanzar nuestros conocimientos sobre este tema».

No están solos. Las Naciones Unidas han luchado durante décadas y aún no hay ni una sola definición clara de terrorismo. El Departamento de Estado de los Estados Unidos reconoce que no existe ninguna definición que haya adquirido aceptación universal. Incluso dentro de los Estados Unidos, diferentes agencias usan sus propias definiciones.

El Departamento de Estado dice que «“terrorismo” significa violencia políticamente motivada y premeditada, perpetrada contra objetivos no combatientes por grupos subnacionales o agentes clandestinos, usualmente tratando de influenciar al público». Es una de las definiciones más comúnmente aceptadas, pero está lejos de ser ubicua. El Departamento de Seguridad Nacional (DHS) también incluye ataques a infraestructuras. La definición de terrorismo del FBI es incluso más amplia: «el uso de la fuerza o la violencia fuera de la ley contra personas o propiedades para intimidar o coaccionar al Gobierno, la población civil o a un sector de ella, para conseguir determinados objetivos políticos o sociales». Y en 2001, la Ley Patriota marcó el comienzo de una nueva definición de terrorismo que abarca cualquier actividad «peligrosa para la vida humana» si se practica con el fin de «influnciar la política de un Gobierno mediante la intimidación y la coacción». Ese lenguaje es tan vago que incluso la desobediencia civil podría ser incluida dentro de esos parámetros.

Por si esto no fuese ya suficientemente confuso, las definiciones de terrorismo también varían por estados. Desde el 11 de septiem-

CAPÍTULO CUATRO

Dando nombres

PLAZA Y VALDES

20 DE ENERO DE 2006

Osama bin Laden ha roto su silencio. Ha permanecido callado durante más de un año, suficiente tiempo para que algunos hayan llegado a especular sobre su muerte. En una cinta de audio enviada a la prensa ayer, dijo que Al Qaeda está planeando un nuevo ataque. Oficiales militares, el Centro de Seguridad Nacional y la CIA respondieron diciendo que la cinta es una prueba de la continua amenaza que Al Qaeda supone, pero, de manera sorprendente, Bin Laden abrió la posibilidad de una tregua. En su grabación, hacía sus declaraciones dirigiéndose directamente al pueblo estadounidense y dijo: «Nuestra situación cada vez es mejor mientras que la vuestra cada vez empeora más».

Hoy, la CNN interrumpe su cobertura internacional para que el Gobierno anuncie una gran victoria en la guerra contra el terrorismo. Once activistas ecologistas y por los derechos de los animales han sido acusados de delitos realizados en nombre del ELF y el ALF. El Gobierno asegura que desde 1995 hasta 2001 los activistas habían escogido como objetivos de sus ataques compañías madereras, empresas de transportes, un concesionario de coches tipo SUV, una empresa de empaquetado de productos cárnicos, un matadero de caballos, estaciones del Servicio Forestal de los Estados Unidos, corrales de caballos salvajes del Bureau of Land Ma-

nagement (Oficina de Administración de Tierras) de los Estados Unidos, instalaciones de investigaciones sobre ingeniería genética, una torre eléctrica, una comisaría y una estación de esquí. El FBI estima que causaron daños de más de 40 millones de dólares.

Ocho activistas han sido detenidos: Chelsea Gerlach, Daniel McGowan, Stan Meyerhoff, Jonathan Paul, Suzanne Savoï, Kendall Tankersley, Darren Thurston y Kevin Tubbs. Tres más han sido considerados fugitivos: Joseph Dibee, Josephine Overaker y Rebecca Rubin. Habrá más detenciones —Nathan Block, Jennifer Kolar, Lacey Phillabaum, Briana Waters y Joyanna Zacher— y se anunciará otro fugitivo, Justin Solondz. Otro conspirador no acusado, William Rodgers, fue detenido en diciembre y posteriormente se le encontró muerto en su celda.

La acusación de 65 demandas se ha preparado durante mucho tiempo. El FBI, el ATF y varios agentes locales de Oregón, Washington, Wyoming, California y Colorado han estado trabajando juntos durante casi una década. La investigación se volvió más seria en 2004, cuando la oficina exterior del FBI de Portland consolidó siete investigaciones independientes y llamó al programa *Operation Backfire*.

Hasta este momento, los cuerpos policiales han sido penosamente inadecuados para combatir a los grupos clandestinos. Los cargos contra la primera persona detenida por un delito del ELF, Frank Ambrose, fueron retirados. El Gobierno no condenó a ningún saboteador hasta comienzos de 2001, después de que una célula del ELF prendiese fuego a nuevas casas a las afueras de Long Island para protestar contra la expansión urbana. Esta primera victoria contra la amenaza número uno en terrorismo doméstico fue la condena a tres estudiantes de instituto de diecisiete años.

Alberto Gonzales, fiscal general, y Robert Mueller, director del FBI, están llevando a cabo esta rueda de prensa en Washington para dejar claro que esto no se trata de vandalismo o incendios, sino de terrorismo. No tardan en usar esa palabra, y la utilizan con frecuencia. Aparece en los titulares de los comunicados de prensa del Gobierno, y se menciona 10 veces en sus comentarios breves. «Terrorismo es terrorismo —dice Mueller—, no importa el motivo.»

Cuando los panelistas abren el turno de preguntas de la rueda de prensa, los periodistas no muestran mucho interés por los ecologistas. Después de todo, cada uno de esos delitos ocurrió hace más de cuatro años, y solo uno de ellos después del 11-S. Los periodistas están más interesados en la cinta de ayer. La primera pregunta de la prensa: «¿Con qué nivel de seriedad deberían tomarse los estadounidenses la amenaza de Osama bin Laden?».

Estoy visitando Seattle y Portland con mi amiga Kim Berardi, con la que fui detenido hace tres años en Chicago, cuando vemos la rueda de prensa por televisión. Las noticias dan muy poca información sobre los acusados, pero inmediatamente reconozco los delitos.

Yo estaba involucrado en los movimientos ecologistas y por los derechos de los animales en Austin cuando se realizaron la mayoría de las acciones. Mis amigos y yo leíamos los comunicados en *Earth First Journal* o en *No Compromise*. Habían atacado coches tipo SUV antes de que Al Gore convirtiese el cambio climático en un tema común, y habían atacado cultivos modificados genéticamente antes de que la palabra «orgánico» significase algo para los consumidores. Aunque las tácticas eran incluso más radicales que los temas. La aparición del ELF y su adopción de los incendios como táctica hacían que el sabotaje pareciese moderado. Aquellos delitos fueron focos de tensión dentro del movimiento, provocando su condena por parte de grupos nacionales y divisiones dentro de Earth First. Muchos activistas, entre los que me incluyo, estábamos ansiosos por leer todas las noticias y artículos posibles, ya fuese en periódicos, fanzines o páginas web, sobre aquellos delitos. Nadie sabía lo que eso significaba para el futuro de aquellos movimientos, pero una cosa estaba clara: todo estaba cambiando.

Dos de estos delitos en particular ya se habían convertido en algo folclórico. El primero fue el incendio de 1997 en el matadero de caballos Cavel West, en Redmond, Oregón. El Gobierno de los Estados Unidos había estado reuniendo caballos en tierras públicas y ofreciéndolos en adopción como parte de un programa para protegerlos. Una investigación realizada por Associated Press reveló que empleados de la Oficina de Administración de Tierras estaban sacando beneficio de la venta de esos caballos a mataderos,

CAPÍTULO CINCO

Hostigando a los rojos

PLAZA Y VALDES

23 DE FEBRERO DE 2006

— **Y** si la causa es justa según sus convicciones, ¿no le importa qué tácticas se usen para conseguirla?

— Sí me importan las tácticas que se usen, señorita.

— Cuando usted da esas charlas, no habla de la manera en la que está hablando hoy, ¿no es verdad?

— A veces sí — dice Josh Harper al fiscal y al jurado. El Gobierno ha continuado el caso contra Stop Huntingdon Animal Cruelty y Harper es el primer acusado en declarar—. Y a veces no. Generalmente, soy más vehemente de lo que soy ahora mismo.

— ¿Porque trata de incitar a las personas?

— Porque ahora mismo estoy nervioso.

El Gobierno está interrogando a Harper sobre una charla que dio ante 300 activistas por los derechos de los animales en octubre de 2001, un componente clave en la acusación contra él. Fue profético que comenzase aquella charla dando la bienvenida a los agentes del FBI que se encontrasen en la sala. No estaba seguro de que hubiese alguno de ellos aquel día en Little Rock, Arkansas, pero sabía que la campaña para cerrar Huntingdon Life Sciences había atraído la atención de personas de altas esferas.

El SHAC había despertado y enfurecido al movimiento popular por los derechos de los animales como un campo de hierba seca

que vuelve a la vida gracias a las llamas. Lo que comenzó en Inglaterra se había propagado rápidamente por todo el mundo, y tras unos pocos años la campaña ardía tan intensamente que el laboratorio desplazó sus operaciones a Nueva Jersey, donde las leyes ocultaban la identidad de los accionistas. Huntingdon llegó a los Estados Unidos con la esperanza de poder esconderse.

La campaña se inspiró mucho en el movimiento *antiapartheid* estadounidense de los ochenta, que llevó al desmantelamiento de los programas de segregación racial en Sudáfrica atacando una cosa que, a diferencia de las manifestaciones, las peticiones por carta o las llamadas telefónicas, ningún Gobierno podía ignorar: el dinero. Los activistas *antiapartheid* centraron sus exigencias no en el Gobierno de Sudáfrica, sino en las universidades, los negocios y las naciones que tenían vínculos económicos con el país.

El SHAC se propuso convertir a Huntingdon en el Sudáfrica del mundo de los negocios. Los activistas incorporaron tácticas *antiapartheid* y las desarrollaron más. Identificaron bancos, proveedores, clientes y empleados; cualquiera que tuviese cualquier tipo de vínculo económico con los laboratorios, desde algunas de las mayores empresas de Estados Unidos a proveedores de papel higiénico. Se centraron en aquellos negocios que no tuviesen intereses en la experimentación animal, ya fuese filosófica o económicamente; Huntingdon les necesitaba, pero ellos no necesitaban a Huntingdon.

El centro de operaciones era una página web. Mediante mapas interactivos, se podía acceder con un solo clic a un listado de todos los negocios de un estado relacionados con Huntingdon. Otro clic abría un página de información de contacto, no un listado de números genéricos de información, sino los números de las oficinas, teléfonos particulares, números de teléfonos móviles, direcciones de lugares de trabajo, direcciones personales, números de fax, direcciones de correo y, en algunos casos, descripciones físicas, pertenencia a alguna Iglesia, afiliaciones a clubes de campo y más datos. «La Tierra no está muriendo —dijo una vez el cantante folk Utah Phillips—, la están matando. Y las personas que lo están haciendo tienen nombres y direcciones.» Los activistas del SHAC encontraron aquellos nombres y aquellas direcciones, y los publicaron en su página web.

Los activistas locales usaban esta información para llevar la campaña directamente hasta los directivos y los empleados de mayor influencia en Huntingdon. Como en el movimiento *antiapartheid*, el SHAC se enorgullecía de perseguir el rastro del dinero, pero los activistas por los derechos de los animales fueron más lejos. Trataron de hacer que las decisiones corporativas anónimas sobre negocios se convirtiesen en personales. En lugar de gritar ante un edificio de oficinas de 20 plantas, los activistas iban a protestar donde realmente se les fuese a escuchar. Casas, conferencias, ferias de empleo, lugares de vacaciones; creaban un espectáculo donde fuese. Apodaron al director general de Huntingdon «mentecato» y protestaron en las cercanías de su domicilio con una pancarta enorme en la que se leía «El mentecato de Caulfield, escoria asesina de cachorros». Cuando uno de los directores ejecutivos fue nombrado miembro exclusivo del Club Nacional de Golf de Augusta, el SHAC organizó una convocatoria nacional para quejarse. Los manifestantes se presentaron en el club.

Esto solo era parte de la campaña, una palabra que el SHAC usaba cuidadosamente con *c* minúscula. Mientras que los activistas públicos tomaban las calles, hacían llamadas y visitaban las casas de los directivos, había activistas clandestinos y anónimos que desempeñaban su propio papel. Encendieron bombas fétidas y bombas de humo, destrozaron ventanas, piratearon ordenadores, sellaron con silicona cajeros automáticos, robaron tarjetas de crédito, hicieron llamadas amenazadoras y estropearon la pintura de varios coches con disolvente. Se colaron en una feria de empleo en Rutgers y robaron los documentos de los solicitantes de Huntingdon, y después les dijeron que su posible jefe nuevo asesinaba cachorros. Un directivo se levantó una mañana y se encontró un pedrusco en su coche. Un director de Huntingdon recibió una suscripción a una revista llamada *Revolver*, a nombre de su hijo.

En sí mismas, las tácticas de este tipo no son nada nuevo. Todos los movimientos sociales tienen elementos legales e ilegales, y en otros movimientos los activistas han hecho cosas mucho más serias que lanzar pintura. Más o menos en el mismo momento en que Mohandas Gandhi se encontraba realizando su marcha no violenta contra el impuesto sobre la sal británico, los Bengal Vo-

CAPÍTULO SEIS

¿Es usted vegetariano o lo ha sido alguna vez?



3 DE JUNIO DE 2007

Mientras camino por los pasillos del Congreso, me siento como si estuviese de nuevo en las iglesias católicas de mi juventud. El olor es fuerte y áspero, a jabón de resina de pino y a ese tipo de pomada que solo usan los abuelos. Huele a roble oscuro y a pasillos con eco, a rituales y ritos, a fe y a miedo. Da sensación de vejez y de comodidad, pero también de extrañeza, y mientras camino me siento igual que como lo hacía entonces: no pertenezco a este lugar. Es inquietante estar en un lugar histórico y presenciar su uso diario. La veneración se reemplaza con rutina, y el pasado se entrelaza de manera indistinguible con el presente.

Fuera de la sala 2141 en el edificio de oficinas Rayburn House, en Washington, se ha formado una larga cola. Miembros del Congreso y gente de los grupos de presión esperan para asegurarse de que cogen asiento en una audiencia del Subcomité de Crimen, Terrorismo y Seguridad Nacional sobre la Animal Enterprise Terrorism Act o AETA (Ley sobre Terrorismo contra Empresas de Animales). Mucha de la gente que conforma esa multitud son mensajeros en bicicleta que han sido contratados como «guardianes de sitio»¹. Momentos

¹ Del inglés *line stander*. Personas que son contratadas para hacer cola y guardar un sitio, especialmente en audiencias del Congreso y sus respectivos comités y del Tribunal Supremo de los Estados Unidos. [N. del T.]

antes de que empiece la audiencia, el mensajero de pantalones cortados y bolsa de repartidor con manchas de grasa intercambia su asiento con el directivo de una empresa. Según el evangelio, «Jesús entró en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que compraban y vendían allí dentro, volcó las mesas de los mercaderes, y los asientos de aquellos que vendían palomas».

En este templo, los mercaderes tienen sus propias sillas y mesas, y ni siquiera necesitan hacer cola para poder disfrutarlas.

No estoy seguro del protocolo que rige las audiencias del Congreso, así que tan pronto como entro a la sala me dirijo al resto de testigos y me presento. Brent McIntosh es asistente adjunto del fiscal general del Departamento de Justicia. Es el único que sonrío. William Trundley, el vicepresidente británico de seguridad corporativa de GlaxoSmithKline, me ofrece un blando apretón de manos y una mirada de arriba abajo. Viste traje y camisa a rayas, perfectamente planchados. Michele Basso, una experimentadora con animales de Wisconsin, me da la espalda mientras le doy la mano a los demás. Me pongo detrás de ella y vuelvo a presentarme, esta vez más alto, ella aprieta los labios y no dice una sola palabra. Mientras los tres charlan y ríen juntos, yo me siento y observo las filas de micrófonos que tengo delante. A mi izquierda está sentada una mujer que transcribirá la audiencia. Hablamos sobre horticultura. Vierto un poco de agua de la jarra sobre la mesa. Arreglo como puedo las páginas de mi declaración escrita y después cruzo las manos.

Washington es un lugar extraño, donde la gente discute sobre terrorismo mientras come burritos. Cuatro días antes de la audiencia, me encontré con una antigua colega de la ACLU comprando en un puesto de burritos en la esquina de la calle 15 con K, el corazón del distrito financiero. Me dijo que los republicanos querían dar un paso adelante con la AETA, y habían organizado una audiencia. Los demócratas habían invitado a la Humane Society para testificar sobre las preocupaciones constitucionales que le habían planteado en privado al Departamento de Justicia. La Humane Society había rechazado la oferta porque en este ambiente político, oponerse a un proyecto de ley contra el «ecoterrorismo» podía ser interpretado por parte de sus adversarios como un apoyo implícito a

las tácticas ilegales. Podía manchar su reputación y poner en peligro un proyecto de ley para prohibir la matanza de caballos, una preocupación que se demostraría que había estado bien fundada cuando la industria de los caballos publicó un anuncio de una página entera en *Roll Call* con una foto de un matadero de caballos en llamas y el mensaje: «Los grupos por los derechos de los animales no pararán hasta conseguir prohibir los negocios que no quieren que operen en los Estados Unidos». La Humane Society le pasó la bola a la ACLU, y los expertos de seguridad nacional de la organización respondieron que estaban sobrecargados de trabajo. Mi antigua colega sabía que yo había estado siguiendo el proyecto de ley, por lo que me preguntó si podía recomendarme al comité. Accedí sin dudar.

Consideraba el hecho de testificar como un honor, tanto un reconocimiento de mi trabajo como una oportunidad para dar forma a un discurso público. Los republicanos controlaban el comité y seleccionaron a tres de los cuatro testigos. Yo sería el único testigo experto de la «oposición», elegido por el representante Bobby Scott, el demócrata de mayor rango en el comité. La página web de Scott declaraba que era «conocido en el Congreso como un defensor de la Carta de Derechos de la Constitución de los Estados Unidos». Por mi participación en la ACLU, sabía que tenía un gran récord en cuanto a libertades civiles. Cuando hablé con un empleado del Congreso que trabajaba para Scott, mi percepción cambió rápidamente. Me dijo que Scott apoyaba el proyecto de ley.

Aunque Scott tenía la oportunidad, y la responsabilidad, de seleccionar al único testigo discrepante, quería a alguien que no causase problemas. Me dijeron que podía ser un tanto crítico, pero debía recordar que Scott apoyaba aquella legislación y yo era su testigo. Había querido creer que los miembros del Congreso respetaban y valoraban, aunque fuese a regañadientes, el papel autónomo del periodismo como vigilante en los procesos democráticos. De manera inocente, pensaba que los legisladores me habían invitado para escuchar mi testimonio, hacerme preguntas y entonces llegar a sus propias conclusiones. Pero tanto los republicanos como los demócratas ya se habían dejado influir por otros participantes más influyentes. Cada vez se hacía más evidente que me

CAPÍTULO SIETE

Culpable por asociación

PLAZA Y VALDES

28 DE ABRIL DE 2006

Lauren Gazzola no se debería estar riendo en este momento, pero como ya ha dicho varias veces mientras ha durado esta penosa experiencia, no puede evitarlo. Estoy saliendo por la puerta para ir a Connecticut a visitarla cuando me llama. «¿Lo has visto?», me pregunta. Le digo que sí. Se ríe y me cuenta que esa misma mañana estaba desayunando mientras leía el periódico, y entonces pasó de página. Allí, en la primera sección, frente al informe nacional, había un anuncio anónimo de página completa que decía: «Yo controlo Wall Street» con la foto de un hombre con un pasamontañas negro y una cazadora negra de cuero. Falta un mes para que comience su condena, y el *New York Times* ha publicado una página entera tachándola de terrorista.

—¿Te lo puedes creer? —dice, aún riéndose—. A ver, ¿qué tipo de terrorista por los derechos de los animales llevaría una chupa de cuero?

La campaña contra Huntingdon hundió tanto los precios de las acciones de la compañía que tuvo que ser eliminada de la Bolsa de Nueva York (NYSE) en el año 2000. Huntingdon suplicó a los agentes bursátiles y atribuyó su caída financiera al «terrorismo económico»; aun así, la empresa se cayó del tablero. El 7 de septiembre de 2005, Brian Cass y el consejo de directivos se reunieron

en la bolsa y se prepararon para celebrar la readmisión de Huntingdon con champán. Minutos antes del anuncio previsto, se comunicó que se había pospuesto.

La bolsa culpó a las finanzas de Huntingdon; aquel anuncio anónimo en el periódico culpa a los terroristas por los derechos de los animales. «En marzo, seis de los líderes de la campaña fueron condenados bajo cargos federales de terrorismo —dice el anuncio—. Pero la Bolsa de Nueva York aún tiene miedo.»

Los anuncios aparecieron en el *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *Washington Post*, tres de los periódicos más caros para poner anuncios del país. Cuando un grupo se gasta tanto dinero en un anuncio, lo que buscan normalmente es reconocimiento, pero los responsables de aquel anuncio, fuesen quienes fuesen, mantuvieron su identidad en secreto. No se menciona a patrocinadores, y la página web que se anuncia, NYSEHostage.com, fue registrada de manera anónima. La página web solo dice que es «un proyecto llevado a cabo por individualidades y negocios a los que les molestó la decisión de la Bolsa de Nueva York de abandonar a Life Sciences Research International», que es el nuevo nombre de Huntingdon.

Los líderes de la industria niegan su responsabilidad. NYSEHostage.com tiene un enlace a Americans for Medical Progress, un grupo que también ha tachado de terroristas a los activistas. Jacquie Calnan, presidenta del grupo, le dijo al *Washington Times*: «Solo puedo decir que, tras años trabajando en este campo, el instinto me dice que no hay ninguna compañía farmacéutica detrás de esto». Richard Michaelson, de LSRI, especuló con la idea de que el anuncio fuese una táctica de los activistas: «La primera vez que supimos del anuncio fue al abrir el periódico... Supongo que los activistas por los derechos de los animales son los únicos que pueden estar detrás de todo esto».

Grupos relacionados con la experimentación animal han pagado muchas veces antes por publicar anuncios como estos haciéndolos coincidir con fechas importantes. Antes de las protestas nacionales del SHAC en Little Rock, la FBR publicó anuncios en varios periódicos en los que salían tres hombres con pasamontañas negros y armados con hachas, en los que se leía el texto: «Hay gente que piensa que la mejor manera de proteger la vida de los

animales es hacer que los científicos teman por la suya propia». Dentro de poco un juez decidirá el tiempo que Gazzola y los demás pasarán en la cárcel, y las industrias de animales están tratando de impulsar la AETA en el Congreso. El miedo de los acusados, y el de los activistas por los derechos de los animales en general, ayudará a esos esfuerzos.

Gazzola me pide que descargue la página web, ya que por orden judicial ella no puede acceder a internet. Me pide que lleve los documentos a Connecticut y que me dé prisa. El lunes, primero de mayo, cumplirá veintisiete años, y no me puedo perder su última fiesta de cumpleaños antes de que entre en la cárcel.

Antes del juicio, no había una Lauren Gazzola independiente de la Lauren Gazzola del SHAC. La campaña era su vida. No utilizaba parte de su tiempo para sus intereses personales, porque eso podía significar tiempo perdido para el SHAC. No gastaba dinero en ropa o entretenimiento, mejor gastarlo en la campaña. Cualquier cosa que no estuviese directamente relacionada con cerrar Huntingdon era una indulgencia, y eso frecuentemente también incluía la comida. Recuerdo hablar por teléfono con ella mientras rebuscaba en los armarios de la casa del SHAC. Una vez encontré un solitario bote de salsa para pasta que había estado escondido en algún armario, chilló tan alto que se le cayó el teléfono. Cuando se acordó de que no tenía pasta con la que acompañar la salsa se rio.

Ahora Gazzola vigila cuidadosamente varias ollas y sartenes colocadas en los cuatro fogones de la cocina de su padre, removiendo y condimentando mientras corta verduras para hacer a la parrilla. Me ofrece pan de pita caliente con humus y salsa de tomate con mucho cilantro, y me dice que me siente. Tanto el humus como la salsa están muy buenos, le pregunto dónde los ha comprado. Se ríe de mí y pone los ojos en blanco. «Ay, Will Potter —dice—. Yo no compro comida precocinada.» El arresto domiciliario la ha forzado a bajar el ritmo y recuperar algunas partes de su vida independientes de la campaña. Ahora se permite el lujo de la comida.

Gazzola prepara la comida como prepara los documentos judiciales: metódicamente y de forma precisa, pero con estilo. Ha participado en todas las batallas legales del SHAC, ya fuese trabajando

CAPÍTULO OCHO

Actividades antiestadounidenses

PLAZA Y VALDES

13 DE NOVIEMBRE DE 2006

En una fría y húmeda mañana, políticos y famosos avanzan trabajosamente para atravesar el lodazal de la National Mall y rendir homenaje al reverendo Martin Luther King en la ceremonia de inicio de la construcción de su monumento. Demócratas y republicanos, Clinton y Bush, Oprah y Jesse, todos están aquí empapados y con los tacones clavados en el barro, elogiando el legado del líder que murió por los derechos civiles. Este nuevo monumento rendirá homenaje por primera vez en la explanada a un afroamericano junto a otros hombres blancos muertos. Lincoln, Jefferson y Roosevelt flanquean el espacio donde irá el monumento, a solo media milla de donde Luther King dio el discurso que incluía la famosa frase «Tengo un sueño» el 28 de agosto de 1963.

«Con su presencia en este lugar, uniré a los hombres que declararon la promesa de Estados Unidos y defendieron la promesa de Estados Unidos con los hombres que redimieron la promesa de Estados Unidos —dice en la ceremonia el presidente George W. Bush—. Martin Luther King nos enseñó que una vida de consciencia y propósitos puede elevar muchas almas.»

Hace cuarenta años, ni siquiera un demócrata liberal, y mucho menos un presidente republicano, habría osado comparar a Luther

King con los padres fundadores. En el mejor de los casos habría recibido cartas de repulsa y llamadas telefónicas. En el peor, habría habido disturbios. Ahora, un presidente que ha permitido que «el cumplimiento de los derechos civiles se marchite y muera», según algunos grupos por los derechos civiles, deja fluir como un río sus alabanzas y sus agradecimientos. Los 5.000 asistentes le animan o lloran mientras las cámaras graban.

«Martin Luther King me inspiró a mí y a miles de americanos a continuar el camino —dice al público John Lewis, un demócrata de Georgia—. Nos inspiró a meternos en problemas. Pero eran problemas buenos; problemas necesarios.»

Hoy es el primer día de trabajo para los legisladores después de las elecciones legislativas, donde los demócratas tomaron el control de ambas cámaras del Congreso. La noche de las elecciones no fue fácil para quienes apoyaban la AETA. De los muchos republicanos que perdieron sus escaños, seis eran copatrocinadores de la legislación de la Cámara. (Otro copatrocinador, Randall «Duke» Cunningham, había renunciado a la Cámara hacía un año, tras declararse culpable de aceptar al menos 2,4 millones de dólares en sobornos corporativos.) El cambio de liderazgo en el Congreso podría no significar una derrota, considerando que 10 de los 44 copatrocinadores del proyecto de la Cámara son demócratas, pero sin duda habrá cambios en el panorama político.

Las siguientes semanas habrá un caos calculado, ya que los republicanos se apresuran para aprobar su legislación prioritaria. Los demócratas tratarán de paralizarla hasta enero, cuando los nuevos oficiales electos lleguen a las oficinas y tengan mayoría. Al menos que la AETA esté en el programa de los republicanos, se perderá en medio de ese tumulto.

Durante meses, quienes apoyaban el proyecto de ley estuvieron diciendo al Congreso que, o actuaba ya, o los terroristas por los derechos de los animales atacarían de nuevo. La NABR contrató un anuncio de página completa en *Roll Call*. El periódico cubre las noticias relacionadas con Capitol Hill y es una lectura diaria de los miembros del Congreso. En el anuncio se veía una foto en blanco y negro de una oficina que había sufrido actos vandálicos. En la pared, una tipografía que imitaba a pintura de *spray* rojo brillante

rezaba «Tu casa será la siguiente». En la parte inferior de la página se leía «APOYA LA LEY DE TERRORISMO CONTRA EMPRESAS DE ANIMALES».

De manera no tan pública, esa misma asociación había estado coordinando los esfuerzos de presión de corporaciones y asociaciones, formando una organización que servía como «paraguas» llamada Animal Enterprise Protection Coalition (Coalición para la Protección de Empresas de Animales). Sus miembros incluían potencias corporativas como Pfizer, Wyeth, GlaxoSmithKline y grupos de la industria como la Fur Commission (Comisión Peletera) y la National Cattlemen's Beef Association (Asociación Nacional de Ganaderos de Vacuno). La coalición es un frente que representa niveles de empresas, industrias y otros grupos que cuentan con la atención de miembros del Congreso, formado solo para hacer presión en apoyo a la AETA.

A pesar de todos sus recursos, parece que la coalición ha descuidado la seguridad, y una fuente anónima ha filtrado muchos de los documentos internos del grupo, los cuales revelan una campaña cuidadosamente orquestada para catalogar a los activistas como terroristas a base de difundir desinformación. Su carta modelo al Congreso asegura que los activistas por los derechos de los animales han encontrado grietas en la legislación vigente, aunque no mencionan que la condena a los Siete de SHAC —una gran victoria para las empresas de animales— se produjo con las leyes existentes. El modelo de comunicado de prensa dice que los activistas por los derechos de los animales son la «mayor amenaza en cuanto a terrorismo doméstico», aunque no se dice que nunca nadie ha resultado herido.

Su «caja de herramientas para Capitol Hill» incluye un informe sobre incidentes ilegales realizado por la NABR, publicado como parte de los esfuerzos de presión del grupo. El informe asegura que desde 1995 hasta el 2006, las acciones ilegales realizadas por activistas ecologistas y por los derechos de los animales se han incrementado en más de *un mil por ciento*. Eso es un incremento astronómico que pide a gritos que se estudie qué es exactamente lo que el grupo ha incluido en dicho informe. La base de datos de la fundación revela que la organización ha incluido una amplia gama

CAPÍTULO NUEVE

Juramentos de lealtad



15 DE MAYO DE 2007

El noroeste es una historia de extremos. La Cordillera de las Cascadas se extiende desde la Columbia Británica a través de Washington, y en su camino hacia California crea dos Oregones. Las cascadas atrapan aire fresco y húmedo del océano Pacífico, creando una selva tropical marítima en el tercio occidental del estado que es húmeda y verde y empadada de vida. Puede que el cielo esté grisáceo y siempre llueva, pero la tierra es exuberante y viva.

La vertiente occidental de estas montañas puede arrojar 60 metros de nieve al año, pero si cruzas la cumbre, las nubes solo expulsan una parte de esa humedad. Viaja por las laderas de las Three Sisters o el Monte Hood, se dirige hacia abajo, hacia Redmond y aún más abajo, hasta adentrarse en la playa, y su vida se marchita. La tierra es áspera y está picada. Fresnos de las Montañas Rocosas, álamos negros, artemisas, cerezos silvestres: los árboles son bajitos y los arbustos hoscos, sus agujas son afiladas como la lengua del diablo.

Oregón es Portland, la capital ciclista del país, y Eugene, la «capital anarquista de los Estados Unidos», según el antiguo alcalde Jim Torrey. Es producción orgánica, restaurantes veganos, compostaje y biodiésel. La Interestatal 5 es un pasillo izquierdista-

liberal establecido por los *californicators*¹ y los *hippies*, y una carretera recorrida frecuentemente por las células más activas del ELF mientras saboteaban propiedades por todo el estado.

Hay otro Oregón. Te desvías de la carretera y la actitud es menos comunal y más fronteriza. Aquí el Ku Klux Klan es fuerte, y también las milicias. En 2001, después de una sequía extrema, el Gobierno federal cortó el agua de riego para los agricultores en el Proyecto de riego de la cuenca del Klamath. Los escasos recursos fueron redirigidos al lago Upper Klamath para proteger a dos especies de peces de la familia Catostomidae que están en peligro de extinción. Los líderes de la milicia declararon «Estamos en guerra», y usaron internet para organizar convoyes de manifestantes antigubernamentales desde Montana, Nevada, Idaho y más lugares. Los miembros de la milicia sacaron agua con sifones y sabotearon las vías principales de los canales. Cuando el Gobierno las reparaba, volvían a ser saboteadas con sierras mecánicas y sopletes. Algunos miembros de la milicia amenazaron con poner bombas y asesinar a agentes federales.

Aunque este no es el Oregón sobre el que trata la audiencia de hoy. Los miembros de la milicia que han usado tácticas similares a las del ELF, y que incluso han llegado más lejos, con amenazas de violencia física, no son una prioridad del Gobierno. Hoy se habla de un grupo de ecologistas que han sido catalogados como «terroristas» desde el primer día. Desde sus detenciones, por una serie de delitos contra la propiedad en nombre de la defensa del medio ambiente, los acusados de la *Operación Backfire* han sido denominados sin descanso ecoterroristas y terroristas domésticos en ruedas de prensa del Gobierno, audiencias del Congreso y en los medios de comunicación. Hasta este momento, se ha usado la palabra como pose política y con fines vinculados a las relaciones públicas. Aunque hoy, en Eugene, un tribunal federal escuchará varios argumentos sobre si esa etiqueta seguirá a los acu-

.....
¹ Proviene de *Californication*, término peyorativo que hace referencia al proceso de adopción de los aspectos negativos de California (cultura, desarrollo, etc.) por otros estados occidentales de los Estados Unidos debido a la migración de los californianos. [*N. del T.*]

sados hasta sus audiencias condenatorias y por todo el sistema penitenciario.

La decisión del tribunal tendrá graves consecuencias para los acusados. Si el Gobierno consigue que se aplique la medida de «intensificación antiterrorista»² a sus delitos, podría sumar hasta 20 años a sus condenas, y en algunos casos cuadruplicar el tiempo de condena. Podría llevarles a cárceles donde convivirían con terroristas más tradicionales y podría permitir restricciones severas de contacto con sus familias y amigos. Podría redefinirles legalmente.

No hay crímenes de «terrorismo» en los libros. Nadie es llevado ante un tribunal de los Estados Unidos y acusado de ello. Sin embargo, hay más de cincuenta delitos federales —como secuestrar, dispersar armas biológicas e intentar asesinar al presidente— que, en algunas circunstancias, sirven para añadir penalizaciones adicionales debido a las motivaciones de los acusados. Con el paso de los años, esta arista legal ha evolucionado para reflejar las percepciones culturales del terrorismo. Empezando en 1989, las directrices de la imposición de condenas de los Estados Unidos permitieron un incremento en las condenas por crímenes «que fomentan una acción terrorista», pero las acciones terroristas aún no estaban definidas. Eso cambió en 1994, cuando el Congreso creó una ampliación en la legislación sobre terrorismo internacional, predecesora de las políticas actuales; pero el atentado del edificio federal de la ciudad de Oklahoma dejó claro que la ley necesitaba contar también con la amenaza del terrorismo doméstico. Como parte de la Ley Antiterrorista y de Pena de Muerte Eficaz (AEDPA) de 1996, el Congreso reemplazó el término «terrorismo internacional» por el más flexible «delito federal de terrorismo».

Ahora, a un delito se le puede aplicar esa medida de intensificación antiterrorista si el Gobierno prueba dos cosas. La primera, los fiscales deben demostrar que el delito «implicaba o tenía intención de promover un delito federal de terrorismo». Esa frase, «delito

.....
² Del inglés *Terrorism enhancement*, es una medida que permite a los jueces aumentar de manera considerable la condena en delitos que impliquen una acción terrorista. [*N. del T.*]

CAPÍTULO DIEZ

Enemigos desde dentro

PLAZA Y VALDES

26 DE JULIO DE 2010

Las cárceles siempre están alejadas de nosotros, fuera de la vista, supongo que con la intención de que también se mantengan fuera de nuestras mentes. Normalmente son relegadas a localidades periféricas cuyas poblaciones se encuentran en una desesperada necesidad de los trabajos que proporciona el flujo constante de ocupantes. Dentro de estas economías encarceladas, las prisiones suelen estar incluso más ocultas por bosques, campos y carreteras de curvas sin nombre. En los mapas son los espacios en blanco. Aunque si preguntas por las direcciones en alguna gasolinera cercana o algún restaurante de comida rápida, todos los vecinos de la zona sabrán decirte cómo llegar hasta allí. Durante unos segundos harán una pausa, ya que si tienes que preguntar significa que no eres de la zona, y eso significa que debes de estar visitando a un preso. Te mirarán de arriba abajo mientras se preguntan qué será lo que hizo el preso y por qué te preocupas por él. Después te darán las indicaciones educadamente, pero de forma seca; a nadie le gusta recordar el alambre de espino y las torres de vigilancia, los rifles y las celdas, escondidos de la vista de las hileras de cadenas de restaurantes, las cadenas de tiendas, las cadenas de todo.

Si fueses a visitar el centro penitenciario federal de Marion, Illinois, por propia voluntad, bajarías por la Grassy Road, pasando el

almacén donde venden anzuelos y cebos, y las camionetas llenas de neveras. Girarías por la Prison Road y cruzarías Justice Drive, y entonces la verías, y no sería en absoluto como habías esperado que fuese.

Lo más extraño de una cárcel es que es increíble y horriblemente normal. El sol también brilla aquí. Los árboles crecen. La hierba es verde y está perfectamente cortada. Subes a la zona del aparcamiento y los guardas de la prisión que acaban de terminar su turno hablan sobre sus coches y sus familias. Dicen que hoy sería un buen día para echar un partido y tomar una cerveza. Se ríen y se despiden los unos de los otros. Tras ellos, un foso de alambre de espino refleja los rayos del sol, brillando como una corriente eléctrica, reflejando la luz tan intensamente en cada filo que no puedes evitar apartar la vista.

Aquí en Marion, dentro de los muros de este centro penitenciario de los Estados Unidos, existe una unidad especial sobre la que el Gobierno no dice mucho. No está incluida en el directorio de la Oficina de Prisiones. En los documentos de la Freedom of Information Act (Ley por la Libertad de la Información), el Gobierno redacta los nombres de las personas que están presas aquí. Todas las cárceles de los Estados Unidos deben estar autorizadas legalmente por la declaración de programas nacionales de la Oficina de Prisiones; sin embargo, no se menciona este lugar. Esta es una de las dos cárceles especiales que existen en suelo estadounidense, llamadas Communication Management Units (Unidades de Gestión de las Comunicaciones) o CMU, y que albergan a los presos que el Gobierno ha decidido que son terroristas. La segunda CMU está en Terre Haute, Indiana. Debido a que los presos del CMU de Marion viven en una isla de cemento, escondidos del resto del mundo y aislados de los demás internos en una cárcel dentro de la cárcel rodeada de alambre de espino, los presos y los guardas llaman a este lugar el «pequeño Guantánamo».

Aquí, a medio camino entre su pasado en Oregón y su futuro en Nueva York, está Daniel McGowan.

Se sabe que, desde el 11-S, aquellos que el Gobierno de los Estados Unidos considera terroristas son encarcelados en Guantánamo, Cuba, o en ACX-Florence, la cárcel de máxima seguridad,

conocida como «Supermax». Por ejemplo, en la Supermax está encerrado Zacarias Moussaoui, un miembro de Al Qaeda, y Eric Rudolph, responsable de los atentados en el parque Olympic. El Gobierno desvela muy poco sobre la identidad de los 25 presos en la CMU de Marion, o sobre los 36 de Terre Haute, pero a través de información extraída de documentos gubernamentales y de entrevistas con presos y antiguos internos, está claro que no son los Moussaouis y los Rudolphs del mundo.

Hasta hace poco, en la CMU de Marion estaba encerrado Andy Stepanian, uno de los Siete de SHAC. Stepanian fue declarado culpable de conspirar para cometer delitos de terrorismo contra empresas de animales por el hecho de participar en la campaña para cerrar Huntingdon Life Sciences. Los fiscales admitieron que desempeñó un papel menor dentro de la campaña. No destruyó propiedad privada y no cometió actos violentos, y en la cárcel no tenía antecedentes disciplinarios. Stepanian es el único activista por los derechos de los animales o ecologista, aparte de McGowan, que ha estado en una de estas cárceles, y el primer preso liberado de una unidad CMU.

Entre los presos de la CMU de Terre Haute se encuentra Sabri Benkhala. Benkhala es un ciudadano estadounidense, nacido y crecido en Virginia y graduado en la Universidad George Mason. Estudiaba derecho en Arabia Saudí cuando fue detenido y acusado de dar apoyo a los talibanes. En 2004 se le declaró no culpable, pero menos de un mes más tarde fue forzado a declarar ante un gran jurado para ser finalmente declarado culpable de perjurio. Fue condenado a 10 años de cárcel. En su juicio, James C. Cacheris, juez de Distrito de los Estados Unidos, alabó su «ciudadanía ejemplar» y dijo que «Sabri Benkhala no es un terrorista».

La CMU de Terre Haute es también la casa de Rafil A. Dhafir, un físico nacido en Irak que creó una organización benéfica llamada Help the Needy. Fue condenado a 22 años de cárcel por conspirar para violar las sanciones económicas impuestas a Irak enviando comida y material médico a niños. «Hasta ahora, nadie parece saber nada sobre esta operación altamente secreta —escribió en una carta a su familia cuando le trasladaron a la CMU—. Todavía no se entiende muy bien todo esto... El personal de aquí está luchando para intentar darle sentido a toda esta situación.»

CAPÍTULO ONCE

El camino a casa

PLAZA Y VALDES

PRESENTE

En la noche de las elecciones presidenciales de 2008, cientos, si no miles de personas, bajaron la Calle 16 hacia la Casa Blanca. Por el camino, la gente se abrazaba con desconocidos y las parejas bailaban encima de los coches. Aquel grupo de gente que se concentraba ante la Casa Blanca era más diverso de lo que suelen ser los grupos que integran las manifestaciones típicas en Washington. Jóvenes de los clubes de estudiantes de Georgetown se unieron a los estudiantes de Howard en los cánticos de «¡Haz las putas maletas!» y «¿La casa de quién? ¡De Obama!». La gente permaneció allí hasta el amanecer celebrando el cambio.

Obama era claramente diferente del senador John McCain en cuanto a la guerra de Irak, los servicios sanitarios y los recortes de impuestos para los estadounidenses más adinerados. Y también parecía haber esperanza en el terreno de la catalogación de activistas como ecoterroristas. Como senador, Obama respondió en una audiencia del Congreso sobre ecoterrorismo en 2005 diciendo que la amenaza de los ecologistas militantes era mucho menor que la de otros grupos. Dijo que solo hubo 60 delitos ecoterroristas en 2004, pero se cometieron, según el FBI, más de 7.400 crímenes de odio en 2003. «Espero que en nuestros esfuerzos por aprehender a estos criminales no vayamos por un camino que nos lleve a infrin-

gir el derecho de organizaciones legítimas para expresar sus opiniones y para recaudar fondos para poder hacerlo —comunicó Obama en una carta al comité—. No quiero que los estadounidenses equiparen grupos que abogan por la violencia con organizaciones ecologistas de carácter general.»

Obama tuvo después una experiencia personal con esa retórica terrorista de culpable por asociación. Durante la campaña presidencial, la candidata republicana a la vicepresidencia, Sarah Palin, intentó relacionarle con Bill Ayers, antiguo miembro de los Weather Underground. Señaló que Obama tenía «colegas terroristas». Política y personalmente, había muchas razones que llevaban a pensar que el nuevo presidente se posicionaría claramente en contra del peligroso uso de la palabra y que comenzaría una reestructuración de las políticas de seguridad nacional.

Era de esperar que, por lo menos, hubiese una respuesta congruente a las políticas que habían fallado a la hora de disuadir a los grupos clandestinos y a quienes les apoyaban. *The Final Nail*, por ejemplo, era un fanzine que incluía una lista de direcciones de granjas peleteras de todo el país, creado por Darren Thurston, uno de los acusados de la *Operación Backfire*. Aquel documento ya estaba fuera de la circulación, pero desde entonces había sido publicado de nuevo en internet, en FinalNail.com, y se había ampliado incluyendo mataderos, proveedores de animales de laboratorio y cazadores, todo dividido por estados. Mientras tanto, el gabinete de prensa del ELF había vuelto a abrir. Una de sus primeras notas de prensa decía: «Tenemos un mensaje para la nueva administración Obama: trabajad para proteger el medio ambiente o el ELF tendrá que hacerlo».

«Cada vez que alguien comienza un fuego y alguien coge un bote de *spray* y escribe “ELF” o “ALF”, todo el mundo se pone nervioso, diciendo “Oh, este movimiento ha empezado de nuevo” —le dijo Bob Holland, un investigador de incendios jubilado, a Fox News—. El movimiento nunca se fue realmente.»

Tras solo unos pocos meses de la presidencia de Obama, se hizo evidente que el cambio no vendría de Washington. Obama ha dado marcha atrás en temas relacionados con las libertades civiles fundamentales. Ha mantenido las prácticas de entrega extraordinaria

—enviando a gente a otros países para que les torturen— y ha defendido el hecho de darles inmunidad a los gigantes de las telecomunicaciones por su papel en las escuchas telefónicas sin orden judicial. Ha preservado las comisiones militares creadas en la administración Bush, bloqueando la publicación de fotos que revelaban torturas, y ha firmado una extensión de la Ley Patriota. Bajo el mandato de Obama, un activista por los derechos de los animales llamado Daniel Andreas San Diego, sospechoso del atentado en 2003 contra el edificio de Chiron en el norte de California, fue el primer «terrorista doméstico» al que se incluyó en la lista de los más buscados del FBI.

Un claro ejemplo de lo poco que ha cambiado el ambiente político bajo la administración Obama es el caso de Marie Mason. Mason fue acusada de un incendio del ELF realizado en 1999 en la Universidad Michigan State, que tenía como objetivo las investigaciones sobre ingeniería genética. El incendio causó alrededor de un millón de dólares en daños, pero nadie resultó herido. Poco después de su detención, las noticias informaban de que su exmarido, Frank Ambrose, había llevado un micrófono oculto para tender una trampa a sus amigos y espiar en encuentros ecologistas legales. En el período previo a su juicio, el FBI advirtió a la prensa de que era posible que los «terroristas» se reuniesen y protestasen. En febrero de 2009, Mason fue condenada a 21 años de cárcel con la medida de intensificación antiterrorista. Fue una de las condenas más largas impuestas nunca a una activista ecologista.

En comparación, esa misma semana el FBI distribuyó una nota de prensa anunciando las declaraciones de culpabilidad de cuatro hombres que habían asaltado a tres afroamericanos la noche en que el presidente Barack Obama había ganado las elecciones. Les condenaron a penas de entre diez y doce años de cárcel, es decir, la mitad de tiempo que a Marie Mason. Y mientras que la detención de Mason fue acompañada de una rueda de prensa en la que funcionarios del Gobierno decían que sus delitos eran terrorismo doméstico de máxima prioridad, en la que el Gobierno realizó en el caso de los cuatro hombres —por ataques violentos y racistas con la intención de vengarse de los votantes negros— no se mencionó la palabra «terrorista».



COLECCIÓN
**LIBER
ÁNIMA**

En una época en la que parece que todo el mundo se está volviendo verde, la mayoría de las personas no son conscientes de que el FBI está utilizando los recursos destinados a acabar con el terrorismo para perseguir a activistas por el medio ambiente y por los derechos de los animales.

Se utiliza a los tribunales para ampliar los límites convencionales de lo que constituye el término *terrorismo* y para golpear a los activistas no violentos con condenas desmesuradas. Algunos han tenido que enfrentarse a cargos de terrorismo por el simple hecho de pintar eslóganes con tiza en la acera.

Al igual que el llamado Temor Rojo en los Estados Unidos, este «Temor Verde» consiste en la intimidación, mediante el uso de la palabra *ecoterrorista*, para impulsar una campaña política, inculcar el miedo y silenciar la disconformidad. Este libro es una visita guiada por el mundo del activismo radical que cuenta la historia de cómo privan a personas comunes del derecho de defender lo que creen.

«Si consiguiésemos sobrevivir a las mortíferas garras del capitalismo en nuestras conversaciones y en nuestras vidas, sería en gran parte gracias al trabajo de personas como Will Potter. Su valentía e integridad, que lo diferencian de la mayoría de los periodistas, son evidentes durante esta significativa obra y a lo largo de otros de sus trabajos fundamentales. Gracias, Will Potter.»

Derrick Jensen, autor de *Endgame*

«Will Potter desvela este complejo movimiento con sus virtudes e imperfecciones, el coraje de unos pocos y la falsa bravuconería de otros. Considero que el libro es una visión general definitiva del origen del movimiento social emergente más importante de la historia de la humanidad: la guerra para salvarnos a nosotros de nosotros mismos.»

Paul Watson, fundador de Sea Shepherd Conservation Society



LOS BENEFICIOS DE ESTE
LIBRO SON DESTINADOS A:

IGUALDADanimal

ISBN: 978-84-15271-92-5



9 788415 271925